

Viva la Cordillera De la Costa

Por Ignacio Valente 1936

("La Nueva Provincia", Andrés Gallardo, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, México).

1941

Las editoriales mexicanas no se han caracterizado por su apertura hacia Sudamérica, ni menos hacia nuestro país. Por eso es grato ver que la principal entre ellas —el Fondo de Cultura Económica— abre hoy sus puertas a un narrador chileno, Andrés Gallardo (1941), que hace un tiempo nos sorprendió con su primera novela, *Cótedrus peruleas*, una risueña sátira del intelectual escrita en un festivo tono menor. El mismo tono humorístico y leve domina esta segunda obra suya. Es la historia de tres prohombres del pueblo de Coelemu (Nuble) que, como autoridades locales, movidos por el amor a su tierra y por sublimes sentimientos cívicos, gobiernan y erigen su villa como provincia, primero, y luego como república independiente, con el compasivo beneplácito que tanto los lugareños como las autoridades dispensan a tan inofensivo delirio.

El planteamiento se cuida de caer en lo fácilmente grotesco; diría que, sin embargo, le falta alguna mayor sutileza en el diseño mismo de ese delirio político de sus personajes: quizás algún elemento de índole quijotesca, o la sutileza con que un Jerry Kosinski eleva a su jardinería en las altas esferas de la política norteamericana; algo, en suma, que confiera a la locura cívica del alcalde don Gaspar Cifuentes, una relación más ambigua con la realidad y con el mundo social circundante; algo menos plano y más polivalente que una simple chochez provinciana. No tiene sentido dictar al autor una norma externa a su propio proyecto narrativo; pero creo que éste se resiente de cierta cortadía psicológico-social cuando gira en torno a una ocurrencia demasiado obvia y casi infantil como centro argumental. Debe añadirse, con todo, que los tres señores de "La nueva provincia" no son los títeres que podrían ser, los personajes creados sin afecto para reírse —demasiado fácilmente— de ellos su propio autor. Gallardo sabe rodearlos de cierta humanidad cálida que los preserva de caer en el simple ridículo o en el esperpento.

Lo mejor de esta novela, a mucha distancia de sus restantes calidades y de sus visibles defectos, es el uso magistral del tópico en los diálogos. Todos los personajes se definen por su habla convencional: sus parlamentos son lugares comunes tan redondos, que producen un efecto cómico de buena ley. Aún tipográficamente, la inclusión de estos diálogos entre comillas en el in-

terior del relato, y no con dos puntos, línea aparte y guión, refuerza su carácter de perfecto convencionalismo, como si fueran citas más que parlamentos. Todos los ciudadanos, pero en especial los tres gobernantes de la república de Coelemu, hablan con sentencias o frases hechas para el bronce o para la inmortalidad. Hay tópicos de todas las especies: el provinciano, el cívico, el cursi, el patriótico, el sentimental, el pedante, el lírico. Y los personajes, en perfecta adecuación con sus parlamentos, se definen justamente por esta clase de locuciones.

De nuevo debe destacarse que, al hacer hablar así a sus personajes, Gallardo no los vuelve simplemente ridículos; si lo fueran, la novela no valdría nada: sería la habitual caricatura. Pero su efecto no es el ridículo, sino la leve comicidad de la parodia.

Hay una especie de competencia de una página con otras por tramitar el contexto dentro del cual pueda insertarse el lugar común más común de todos. Citare algunos, en el entendido de que su comicidad depende enteramente del contexto y del personaje que los pronuncia con absoluta seriedad: "los niños crecen, nosotros nos vamos poniendo viejos"; "hijo, ya eres un hombre, ya es hora de que vayas pensando en la vida"; "deje que los perros ladren, Meneses, que es señal de que vamos avanzando"; "Coelemu pasará a la historia como la República que supo acorralar el odio"; "a los hombres hay que saber tratarlos" (dicho por una mujer); "En este mundo nada es eterno", etc. Pero fuera de contexto estas sentencias pierden su gracia.

El lugar común es el idioma mismo de esta novela. Su narrador es el omnisciente, que disimula este carácter de sabelotodo con paliativos más bien nominales del tipo "parece que", "puede haber ocurrido que", "es razonable suponer que". Pero su tono no molesta. La mayor deficiencia de esta novela está en otra parte: es el abrumador predominio del relato "a grandes rasgos", que resume un año de acontecimientos en cuatro páginas, por encima del episodio concreto, que detalla en cuatro páginas lo ocurrido en pocos minutos. Dicho en otras palabras, esta falta del tiempo narrativo consiste en las escasez de episodios actuales, que ocurran en el instante y sean contados como tales. La mayor parte de la novela se compone de relatos no episódicos sino genericos en pretérito imperfecto, de este tipo: "Corrían nuevos tiempos. Aires de renovación llegaban también a Coelemu. Los jóvenes, especialmente, buscaban nuevas formas de vida que inquie-



taban a los más viejos. A Cifuentes, a Meneses y a Plascencia les inquietaba sobremedura ver entre los jóvenes un cierto desapego hacia el pueblo, les inquietaba que no se desvelaran tanto por el progreso de Coelemu...", etc.

Este tempo narrativo difuso e inactual se agrava en aquellos pasajes que entregan demasiada información documental; se produce así una acumulación excesiva de datos no revelados como a través de la anécdota misma, sino en forma de descripción, explicación, crónica... Y es una lástima que Gallardo haya caído en esa modalidad de narración genérica y vaga, que da a su novela el aire de resumen de una novela, o síntesis a la que hubiera suprimido la mayor parte de sus episodios concretos. Los hechos pueden contarse de muchas maneras, pero la modalidad novelística superior consiste en actualizar todo un mundo, una historia, una vida o el desarrollo de un carácter en un simple episodio vivo, de modo que todo brote como del interior de la anécdota misma.

Lo extraño es que Gallardo posea esta habilidad, que desplegó ampliamente en su primera novela, pero que en ésta prodiga sólo a ratos. Por ejemplo, en el magnífico episodio —quizá el mejor de todo el libro— cuando caen en manos del alcalde Meneses los Versos de salón de Nicanor Parra, y se detiene en aquel poema cuyo estridido es el grito destemplado del energumeno que, sin saber por qué, proclama sin cesar: "¡Viva la Cordillera de los Andes! ¡Muera la Cordillera de la Costa!". Es trauma que estos versos producen en el alcalde (Coelemu está en el corazón de la Cordillera de la Costa) y las sucesivas locuciones nocturnas de "es increíble" con que prolonga su perplejidad, producen un efecto cómico excelente. El lector querría unos cuantos episodios de esta índole en vez del relato diluido y genérico con que el autor perjudicó una novela que pudo ser lograda, que debía serlo a partir de su talento evidente pero, en estas páginas, mal administrado.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Viva la cordillera de la costa [artículo] Ignacio Valente. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile